

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
27 de Julio de 1889.
NÚMERO 43.

LAS ARTISTAS DE HOY

Sola y huérfana, ¿qué hacía?...
Seguí el consejo de un viejo
y me dediqué a Talía,
y me paso todo el día
en consulta ante el espejo.

Yo, que al arte me acomodo,
sin estudiar los papeles
logro aplausos. ¿De qué modo?
¡Hoy, para alcanzar laureles,
la buena forma es el todo!

Pues entusiasma á la gente,
más que cuatro redondillas
ó un parlamento elocuente,
un seno alto y turgente
y unas buenas pantorrillas.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.





Farolillos de colores,
de hechura y formas diversas,
banderas y gallardetes
que en los mástiles ondean,
arcos de verde ramaje,
rumores de alegre fiesta,
música, baile: ¿qué pasa,
que la calle de Hortaleza
invade la muchedumbre,
locuaz, activa, contenta?...
¿Qué fausto acontecimiento
se conmemora ó celebra?...
¡Que el distrito del Hospicio
se agita, vive, progresa,
y en són audaz de conquista
entra en la vida modernal!
¿Conque realiza mejoras?...
¡Digna de encomio es la empresarial!
¿Escuela modelo?... ¡Quiá!
¿Entarugado?... ¡Simpleza!
¿Luz eléctrica?... ¡Bobada!
¡Inaugura una verbenal!
El melocotón en todo
su apogeo! La Javiera,
santos de barro, bufuelos,
torraos y pasas, almendras,
perfume de aceite frito,
tiestos de albahaca y... ¡jumeras.
¡Bendigamos los designios
de la sabia Providencial...
¡Vengan dos medias y un churro,
y á gozar en la verbenal!



—Aquí veremos de frente
los fuegos; á mí me gustan
con delirio.—Bien, mamá.
—¡Cuidado, que aquí hay gentuza!
—Bueno.—¡Pero estáte quieta!
—¡Ay, mamá, si me apretujan!
—Mete el pecho y saca el codo,
que los hombres son muy truchas
y se aprovechan.—¡Jesús!
—¿Lo ves? ¡Si estas apreturas!...
—¡Es que hay mucho sin vergüenza!
—¡Usté dispense, me empujan!...
—¡Mira, mira qué cohete,
cómo sube! ¡Qué hermosura
de colores! ¡Y echa bombas!
—¡Vámonos de aquí! —¿Te asustas?
—¡Si no quemal! —¡Por si acaso!...
—¡Ah, comprendo! ¡Habrà granuja!



Diez tormentos de manubrio,
diez carracas fementidas,
lanzan sus notas al viento
destrozando polkas íntimas,
y habaneras pegajosas,
que bailan las señoritas
archicursis, las porteras,
y las chulapas más lindas
del distrito:—y, á propósito,—
¿cómo baila Pepe Silva!



Mecáchis estaba lelo
mirándole con envidia,
y al buen Sinesio Delgado
le retozaba la risa
por todo el cuerpo. ¡Un charrán!
¡Si es poco lo que se diga!...
En la clase de escritores
de esos que gastan patillas,
ni los hay con más hechuras,
ni más flamencos: ¡mentiral!

Dos del Orden:—¿Ves la gracia?...
Nos duplican el servicio.
—¿Pur qué? —Para que retocen
unos cuantos señoritos,
y unas... ¡que Dios me perdone!
—¿Oyes, Pérez?—¿Que ha ocurrido?
—¡Parece que hay bronca!—¿Donde?
—En aquél corro.—¡Pues chito!
Media vuelta; hasta que llamen
no nos metamos en líos.
—¡Creu que atizan!—Es posible.
Llevaremos los heridos
á la Casa de Socorro,
y el dador al Abanico,
si se coge buenamente.
—¡Qué voces!—¡Vaya unos gritos!
—Vamos, López.—Anda, Pérez.
—¡Y aún dicen que no cumplimos!



En correcta formación
hay larga fila de puestos,
en que se venden los clásicos
ojetos de á real y medio;
torraos, alvellanas tiernas,
el pim-pam-pum, los refrescos
de horchata y limón, las tiendas
de vinos (quince lo menos)
y, en fin, las bufolerías,
que es lo típico y selecto
en esta clase de fiestas.
¡No hay verbenas sin bufuelos!
Bajo los toldos de lona
de esos establecimientos,



fraternizan estas noches
la aristocracia y el pueblo;
y hay señora encopetada
de ilustre y rancio abolengo,
vestida como una diosa,
que ocupa incómodo asiento
junto á una mesa de pino
de problemático aseo;
se codea con un chulo,
nata y flor de lo flamenco,
se ríe de sus salidas,
soporta el olor molesto
del aceite frito, y toma
dos docenas de bufuelos
como cualquier maritornes
de delantal y pañuelo
á la cabeza. ¡Benditas
las conquistas del progreso
y la influencia del churro
sobre antiguos privilegios!

Como era muy natural,
hubo función en la iglesia;
en procesión, por las calles,
sacaron la Magdalena,



y hubo ¡vivas! (¿cómo no!)
al que organizó la fiesta,
una autoridad celosa
que trabaja y se desvela
porque sus administrados
ganen algo y se diviertan.

Dicen que el año que viene
será mejor la verbenal;
entretanto, vaya un ruego:
Señores, ¿por qué no arreglan
el mercado de la calle
de Pelayo? ¡Aquello apesta!
En buen hora los faroles,
gallardetes y banderas,
y sacar en procesión
á la Santa Magdalena;
pero cuidemos un poco
la abandonada plazuela;
entre col y col, lechuga.
¡Siempre es buena la limpieza!

E. NAVARRO GONZALVO.



CARTAS

A SALVADOR RUEDA

Mi querido amigo: No sólo no está llamada á desaparecer la poesía, sino que es una lástima que la actual juventud literaria española no contribuya, ni poco ni mucho, á probar, con el argumento de Diógenes, que los versos que matan nuestros ateneístas de sección, gozan de buena salud.

Que existe la poesía, se demuestra, en efecto, siendo poeta; y así lo hace, por ejemplo, Campoamor, aunque él crea otra cosa. Sus doloras y sus poemas son los que hablan por él y defienden su causa; y, hasta en sus artículos de polémica, vienen á ser buenos argumentos aquellos párrafos que parecen estrofas, mientras que nada prueban las diatribas que endereza á todos los grandes hombres del mundo que no han hecho quintillas ó cosa equivalente.

Yo soy el que ha dicho que no teníamos por acá más que dos poetas y medio (pues á Zorrilla ya le contaba entre los inmortales); y el mismo Campoamor se divertía, cuando yo estaba en Madrid, repitiendo la frase *dos y medio* en la librería de Fe, en cuanto entraba allí algún poeta de esos otros veinte que admite D. Juan Valera.

Excuso decir á usted cuánto deseo tener ocasión de exclamar con justicia: ¡Ya hay más poetas!

—¿Y por qué me cuenta usted á mí todas estas cosas? me preguntará acaso.

A eso vamos. Yo le he llamado á usted, hará unos dos años, *esperanza de un poeta*, y no ha faltado quien me lo echase en cara. No puede usted figurarse cuánto les disgusta á muchos que no haya un crítico, uno por lo menos, dispuesto á murmurar de todos los escritores. Algunos de los que se dicen mis amigos en letras, lo son con la condición implícita de que no hable bien de nadie, sobre todo de nadie que empiece. ¡Y yo he dicho que usted era una esperanza de poeta! Pues ya ha habido quien viniera amonestándome: «¡Usted le da alas á Rueda!... ¡Eso es envenenar á un muchacho!... ¡Valera alaba *El gusano de luz*; usted le dice al autor de ese gusano que es una esperanza de poeta, cuando no aventura otro tanto de Velarde, Grilo, Ferrari, Shaw y otros!... ¡Está perdido Rueda!»

Déjeme usted contestar á todo esto. Las alabanzas de todo un Valera pueden ser, efectivamente, un veneno, como el perfume de aquellas flores que mataron á la heroína de un poema famoso; si *El gusano de luz*, que yo todavía no he leído, no merece que Valera, que nunca ha analizado una novela de Galdós, hable de él, Valera ha hecho mal, y acaso haya hecho daño á Rueda; pero que *Clarín*, el pobre *Clarín*, que no es nadie, haya dicho que Rueda puede llegar á ser un poeta digno de tal nombre... ¿qué tiene de particular ni de ácido oxálico?

En todo caso, no retiro las palabras; pero bastante hago, para evitarle las molestias de la intoxicación, si todavía sigo diciendo: *todavía sigue siendo una esperanza*.

Como sé que, aunque no lo merezco, usted hace algún caso de mis opiniones y de mi modo de sentir, y de *gustar* especialmente, tengo que irme con muchísimo cuidado para hablarle de lo que pienso de sus obras. Si por no ayudar á su *desvanecimiento* soy demasiado severo, puedo causarle un disgusto inútil, contraproducente; pero si le elogio más de lo justo, y usted, que cree, y hace bien, en mi imparcialidad y franqueza, me toma al pie de la letra lo dicho, el mal es más grave.

En fin, entiéndame usted si puede, y piense de mí lo que quiera; la verdad, á mi juicio, es ésta.

En España, por lo poco que el público aprecia en el fondo á los escritores, y por lo poco que les paga en el mercado, es muy fácil llegar á cierto grado de notoriedad, á casi nada que se distinga cualquiera de la multitud. Ese escaso aprecio de las letras, que hace que se dispute más seriamente una plaza de director general que un nombre en la literatura; más la ignorancia y el mal gusto; más la envidia, que ayuda á los que empiezan, para empujar con ellos á los que ya han ganado fama, y arrojar á éstos del lugar que ocupan en la memoria y en la atención del público; todos estos factores sumados dan por resultado esas reputaciones que entre nosotros se forman de la noche á la mañana. Con esto se consigue que haya dos clases de oscuridad para el escritor: la oscuridad primera, la del desconocido, la natural, que debe haber para que la venza el mérito; y la segunda oscuridad, la de ser una de tantas *notabilidades*, la que consiste en que todo el mundo sepa quién es *Fulano*, pero no qué es *Fulano*, lo que vale, en efecto. De esta segunda oscuridad se engendra el fácil olvido. Es por muchos conceptos inmoral contribuir á esta notoriedad tan llana y asequible: al necio le sirve para encaminarle á la locura (nuestra república literaria está llena de estos locos de pluma, que no lo parecen); al hombre de verdadero mérito le

sirve esa notoriedad fácil para llenarle el alma de tedio y desencanto. Es para el talento real una ironía repugnante verse objeto de alabanzas que por su valor absoluto tiene que rechazar, por excesivas, por inoportunas, y que por otro lado, por el de la proporción, tienen que parecerle insuficientes, menos todavía, verdaderos insultos y desprecios, pues se prodigan iguales á los que él sabe que son tontos y casi idiotas. ¡Sí, amigo Rueda; así están las cosas!

Pues bien; usted, que indudablemente tiene talento, y, lo que vale tanto como eso para el caso, ha tomado en serio el arte y la *moral del artista*; usted puede oír sin enfadarse que en el crédito que usted ya tiene—como en el pequeño que usted y otros se obstinan en decir que tengo yo—entra por mucho esa facilidad de ser conocido que, por desgracia, es fenómeno constante en la vida literaria española. Confiéselo usted como yo lo confieso: yo me he visto hecho *crítico* por obra y gracia de los periódicos, mucho antes de que á mí se me ocurriera pensar que hubiera podido llegar á serlo, si á su tiempo debido hubiera empezado á estudiar lo necesario. A usted le han proclamado ya poeta y *gloria de la patria* multitud de papeles. No haga usted caso. Sería una crueldad por mi parte, y hasta una traición para conmigo mismo, y una afectación repugnante de modestia, aprovecharme de lo que yo solo sé de mis flaquezas para *criticarme* á mi propio, y convertirme en un *eautontimorumenos* literario ante el público (para mis adentros procuro serlo); y hay que prescindir ahora de mí. Hablemos de usted.

Esos que le dicen que es usted todo un poeta, no saben lo que es ser poeta. Yo que le digo que hay en usted una esperanza, me quedo en lo justo. Créalo.

No supondrá usted, ni por un instante, que lo que me movió hace tiempo á distinguirlo de la turbamulta de versificadores castellanos, fué el agradecimiento por los muchísimos y muy hiperbólicos elogios que le debo; si tal pudiera pensar, pronto se convencería de que yo no pago en la misma moneda esta clase de deudas; pues como usted no sea el varón fuerte que yo me figuro, sino uno de tantos literatos llenos de flaquezas de voluntad femeniles, tendrá ocasión de renegar de mí al ver cómo analizo en estas cartas alguna de sus poesías, y procuro hacerle ver lo que le falta para ser justamente tenido por poeta digno de este nombre en los tiempos que alcanzamos.

Necesito, por lo visto, probar dos cosas: que en usted hay *esperanza* de poeta. Esto contra los que me censuran que le alabe hasta ese punto. Y después probar que no hay más que esa *esperanza*, y que por tal ó cual camino, á que usted parece inclinarse, no se va á realizar lo que yo espero. Esto contra los que le llaman á usted gloria de la patria.

Pero como si solo se tratara de lo que á usted le puede interesar, estas cartas no las vería el público, es claro que del ejemplo de usted nos hemos de servir para predicar con él á los demás; y siempre que haya modo saldremos de lo personal, de lo que á usted exclusivamente se refiera, para considerar ideas generales, doctrina que importe á muchos.

Como ejemplo, es usted muy bueno.

Yo me lamento de que la juventud española no dé con la poesía; de que aquí, donde tan líricos y *dramáticos* fuimos, no haya una poesía *joven*, como, mejor ó peor, la hay en Inglaterra, la hay en Francia, la hay hasta en Italia y en Portugal. Para mostrar la justicia de mis lamentaciones y procurar inquirir las causas de la deficiencia que deploro, es evidente que me servirá mejor un caso (pues lo abstracto no me gusta) en que hay las condiciones primeras que tenían que concurrir para que hubiese poeta; pues sería perder el tiempo neciamente empeñarse en mostrar cómo no hay poetas jóvenes en España, estudiando el ingenio... de un cretino, de esos que *imitan* á Campoamor, ó á Núñez de Arce ó al mismísimo Becquer. Donde no hay talento, falta la materia primera, y lamentarse de que no sea poeta, por ejemplo...; no, sin ejemplo, cualquiera de esos muchachos que escriben versos y no tienen idea de lo que es el arte, sería como quejarse de que no produjeran palmeras los hielos del Polo, que ni siquiera pueden producir pinos.

Es usted, sin adulación, uno de los literatos *nuevos* que más se acercan á lo que sería de desear; por eso es útil *estudiarle* á usted desde este punto de vista.

Y como, lo repito, no me gusta lo abstracto, voy á empezar refiriéndome á una de sus poesías últimas, una que ha sido muy elogiada, que ha publicado una *Revista* de muchas pretensiones, y que creo que ha leído usted en el Ateneo, recibiendo por ella grandísimos aplausos. Hablo de la oda, ó lo que sea, que usted titula *Lo que no muere*; y mucho me engaño, ó ha de convenir usted conmigo en que esa manera de escribir la poesía *debe morir* cuanto antes.

De camino verá usted cómo analizando una composición determinada, se puede hablar de toda la poesía, y cómo, apuntando á la arboladura, se puede inutilizar los cascotes, para los efectos de la navegación. Hasta otro día. Suyo,

CLARÍN





—Yo lo que te digo es que en cuanto que guipe á tu mujer, le doy una patiza que yo entiendo; porque *pá* que tú lo sepas, nos está engañando.



—¡Tié que ver que el *Pipi* venga poniéndose moños porque ha estao seis años en Ceuta! ¡Mía que á mí que me he pasao toa la vida en mis posesiones de Africa!



—Mira; casarnos no, que eso es *mú* mal visto; pero lo que podemos hacer es una liga, como los políticos, y enligarnos.



—Siento yo así como si el cuerpo me pidiera media docena más de copas de lo triple. ¡Y cuando el cuerpo lo pide!



—¿Dices que no has conocido á tu padre? Dime, dime, ¿se llamaba Restituta tu madre?



CELOS DE CLASE

—Y el día que venga la liquidación social y yo sea millonario, no dejaré que nadie escarbe los montones de basura antes que yo.



—Vamos, que cuando yo bajaba á la Virgen del Puerto, había que oír lo que decían á este palmito los duqueses y condeses.



—¡Míá que no ejercer yo hoy mi profesión!... ¡tendría que ver!

¡Yo quiero irme!!



Pero verán ustedes cómo no me voy.
No se paseen ustedes por frente al Botánico de seis á ocho de la noche, ni se les ocurra dar una vueltecita á la susodicha hora por la Cuesta de San Vicente. ¡Cuánta pamela con velos moteados! ¡Cuánta maleta!

COMBIEN DES VOYAGEURS!!

Yo no sé adónde ni por qué, pero ello es que se van todos los que tienen dos pesetas, y muchos que no las tienen también. Los diálogos callejeros que se escuchan al *revuelo* son todos análogos.

—Yo mañana, ¿y tú?

—El sábado.

—¿Cuándo es el viaje?

—Esta noche; ¿quieres algo?

—A San Sebastián, ¿eh?

—No; primero á Bilbao.

Y ¡es claro! con estas cosas se le hace á uno la boca... *vía*.

Ayer fui á visitar á las de *Espira*, y ya se habían ido; en el portal tropecé á la familia de *Queda*, que se marchaba también, y hoy he recibido una tarjeta de los de *Resto* que me han *dividido*.

Aquellas S. D. P. F. que pudieran traducirse:

SE DEBE POR FANTASÍA, me han hecho el efecto de una descarga eléctrica.

SE DESPIDEN PARA FUERA, por más que dentro les queda otra.

El papá de esas chicas es un señor que parece apreciarme y le venía preparando un *sablazo* sin quite posible.

El señor de *Resto* debía echar el ídem pagándome el viaje; pero... ¡adiós ilusiones engañosas!

¡Si yo supiera adónde se dirigen! P. F. ¿Será para *Francia*?

¿Habrán querido decir *Pon ferrada*?

Ello es que huyeron, y si piensa uno en los editores... ¡Cal! De los pocos que hay, ninguno está en seco.

Todos han ido á ver si el Jordán á la *dernière* los puede dejar limpios de culpa.

¡Como si hubiera aguas capaces de purificar conciencias!

Todo el mundo deja á su espalda los andenes del Norte y Mediodía, menos yo... y mi sastre.

Mi sastre, que otros años á primeros de Junio ya estaba en Comillas, este año se queda en puntos suspensivos.

—Todos me deben, decía la otra tarde; ni uno paga lo que debe.

—Hombre, siempre que den algo...

—Si es que no dan nada; parece que se han puesto ustedes de acuerdo.

Este *ustedes* me resultó una alusión de muy mal gusto, y di un corte al diálogo. ¡Ay, si pudiera hacer lo mismo con la cuenta!

En los ministerios apenas si queda algún ordenanza *novato* á quien se la han jugado de puño los restantes.

¿En los juzgados?... Hasta los tinteros están tomando aguas, á falta de tinta.



¡Y yo aquí... *residenciado*, como si dijéramos.

Desde mi casa se oye el silbato del tren, y cada vez que resuena en mi oído parece que quiere darme:

—¡Pobretón-tón-tón! ¿No viceeeenes? ¡Anda! ¡anda! ¡anda!

¡Esto es desesperante! Mi portero, un misero empleado en Puertas, incluso la de casa, se ha ido á pasar unos días á Mira flores de la Sierra, esa cuna del requesón tan pregonado por las calles.

El chico que me afeita saldrá esta noche para Mora, la patria del jabón, y así todos.

Yo ayer, por ir á alguna parte, me fui al barrio de la Prosperidad á pie, para que me resultara más lejos, y apenas traspuse la última casa del barrio de Salamanca, respiraba ya con libertad, y se explica; por allí no debo nada á nadie.

Pero ¡ay! mi billete era de ida y vuelta con vistas al cocido... Sin embargo, regresé con más apetito que de ordenanza, si hay ordenanzas en esto de la gula.

El pitido del tren no me hizo tanta impresión; acababa de llegar de fuera...

Si la Montaña rusa del Retiro llegara siquiera hasta Alhama... por dos realitos... pero ¡cá! en este Madrid siempre se hacen las cosas mal.

Por supuesto, que á mí me suceden estas cosas por no tener dinero.

Tengo un plan de lo más nuevo que se conoce, y de resultados seguros.

¡Construir una plaza de toros!... No se rían ustedes; una plaza de toros... por actos, ó, lo que es lo mismo, por toros.

Dos reales cada cornúpeto y una sección de la Guardia civil para desalojar los tendidos entre sección y sección.

¿Es mala idea? Pues yo la aporéo como capital si hay quien me facilite los fondos, y entonces... entonces mi veraneo estaba asegurado.

El primer renglón del presupuesto de gastos sería: *Mil pesetas para orientarse el inventor*.

Lo de orientarse no tiene nada que ver con el Gran Oriente, y menos con el chico. Mi oriente sería San Sebastián, ó Biarritz, ó Asturias... donde quisiera el socio capitalista.

Tanta gente como expone su dinero en cerillas ó en papel del Estado, que allá se va, verán ustedes cómo no hay quien tome en serio mi asunto.

Tengo ya echado el ojo á varios toreros económicos que se dejarán coger alguna que otra vez, para mayor variedad del espectáculo, y una pantomima titulada *Toros traducidos*.

¿Conque se animan ustedes? ¡Ande el movimiento, que se va el tío!

Es decir, el tío no se va; el corazón me dice que el tío se queda.

¡Vaya si se queda!

CALIXTO NAVARRO.

PROLOGO

(DE UN LIBRO QUE NO SE PUBLICARÁ NUNCA)

No he buscado académico que en lenguaje altisonante, sentencioso y pulcro hiciera mi apología ó la de mi libro, ni Ministro que me recomendase á los periodistas con el fin de que me incensaran.

Por imitar á Cervantes hago yo mi prefacio correspondiente, pues no quiero el padrino de un hombre ilustre que, aunque él lo sea, no por poner su firma al pie del prólogo hará que el libro adquiera, si no los tiene, subidos quilates.

Esto último lo considero además denigrante para los autores, pues parece indicar, ó que el libro necesita ser recomendado al público para que lo lea, ó que la vanidad de ciertos hombres que se tienen por eminentes llega al extremo de hacerles creer que, sin un prologo, ninguna producción del ingenio debe salir de los estantes polvorientos del último rincón de la librería.

Después de todo, aunque el prólogo sea de lo mejorcito en su clase y en él bombeen al libro más que aldeanos á función de pueblo, si la obra es detestable, no haya cuidado de que el público la compre, que bien sabe distinguir lo bueno de lo malo, sin que se lo sople al oído cualquiera de esos prologuistas que para andar por casa usamos en esta bendita tierra.

Todos claman á voz en cuello por ahí que no se lee nada, que no hay quien compre un libro, que las letras se pierden (y nadie las encuentra), que la literatura es una pobre harapiencia que no da con ningún San Martín (el Santo, no el librero) que le preste media capa con que cubrir su miseria, y á este tenor ensartan otra porción de majaderías, sin caer en la cuenta de que ya está resuelto el problema de Fígaro, cuando preguntaba «si no se lee porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee», y está resuelto con sólo decir que aquí no se lee porque no hay quien escriba cosa digna de ser leída, excepto yo y algunos amigos, que escribimos de perlas.

De modo que ya estamos al cabo de la calle, y no necesitamos que esos sabios parecidos al del *Micromegas* de Voltaire, que sólo había hecho un libro... con las hojas en blanco, nos vengán contando cosas más para olvidadas que para sabidas.

Porque, vamos á cuentas... ¿Cuántos libros buenos han sido escritos en España desde principios de siglo?

Seguramente su número no es considerable, y si llega á... á... una docena, nos podremos dar por satisfechos.

De modo que entre filósofos, historiadores, dramaturgos,



novelistas, poetas, críticos, etc., etc., vienen á formar una docena; y suponiendo que cada uno escribiera un libro, ya ven ustedes los que pueden ocupar la atención pública.

Antes de proseguir, debo hacer notar que el prólogo va saliendo burla burlando, con citas y otros adminículos de aquellos que á Cervantes le recomendaban para que el público conociese que él (Cervantes, no el público) era tan hombre de letras, que lo mismo se le daba mentar á Platón y Aristóteles, que á Cicerón ó Marco Aurelio.

Y quiero advertir al lector que yo también sé hacer prólogos, y calendarios, y libros, y otras menudencias más para públicas que para secretas, y que sé apuntar una cita mejor que á una carta, y si no lo hago con profusión, es por miedo de que me tomen por un recopilador traducido del Larousse, como algunos que yo conozco. Y dicho esto, sigo adelante.

Escribía Dumas que cuando la condición de escritor no era la más noble de las profesiones, convertíase en el más vil de todos los oficios.

Y lo mismo pienso yo, porque siempre he creído que es la literatura profesión noble para los nobles de inteligencia, y vil para las imaginaciones blindadas, que ni digieren lo que estudian, ni estudian lo que digieren, sino que sacando de su seco cerebro sus aún más secas concepciones (de algún modo hay que llamarlas) las dan á luz cuando ni en tinieblas debieran exhibirlas para no ser escándalo de las gentes.

Y á punto llego de decir algo de mi libro, que no todo ha de ser para los libros ajenos.

Por lo que antecede habrás entendido cuál es mi opinión acerca de los demás; y como de los otros la tengo, claro es que también la tenga de mí mismo; para cumplir la sentencia del filósofo griego (todos los griegos eran filósofos) que decía: *Nosce te ipsum*.

Pues bien; yo tengo de mí el más alto concepto que puedas imaginar. Estoy dotado de un *físico* que para sí lo quisieran muchas hermosas. En cuanto á inteligencia ¡oh!... en cuanto á inteligencia, soy en la novela un Cervantes; en la comedia, un Lope; en la tragedia, un Shakspeare; en filosofía, un Sócrates; en historia, un Herodoto ó un Tácito; en poesía, un Homero... y opino que deben colocarme en la región de los iguales, como dice Víctor Hugo: quiero dar á entender que soy un genio.

Kant concreta en el *yo* toda idea de existencia; yo concreto en el *mí* toda idea de vida intelectual.

En cuanto á mi libro ¡oh! será el asombro de las futuras generaciones... Es tan grandioso, que la actual, compuesta de pigmeos insipientes, no lo comprenderá, estoy seguro de ello...

Y por eso no le publico, y me decido á dejarlo para entonces.—*Vale.*—*Juan Puya.*

Por la copia,

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ

PACOTILLA

Hace tiempo me eclipsé de LOS MADRILES por que tan mal de ropa me vi, que, vamos, me avergoncé, y por eso me escondí.

Era poco regular, en opinión de mi suegra —mujer que sabe alternar,— aquí mi firma ostentar no teniendo ropa negra.

—¿Cómo te atreves, decía, á escribir en LOS MADRILES

con esa guardarropía? ¡A ver si un sastre te fia para que te emperejiles!

Tomé á pechos el sermón de mi suegra, que es de tropa, y juré por Capdepón no producir un renglón mientras no tuviera ropa.

Hoy comienzo nuevamente á escribir, libre de apuros y de que nadie me afrente. ¡Me han hecho un traje decente que me ha costado tres duros!

Leo:

«En Córdoba hay unos bandidos que roban al medio día en las calles de la población.

»Los vecinos se quejan de que no prende la policía á los ladrones.»

¡Pues que echen la culpa al Ayuntamiento!

¡Claro! Mandará apagar los faroles al amanecer, y ahí tienen ustedes las consecuencias.

La cosa está bien clara, por vida mía, ó no entiendo una jota de español. Si los bandidos roban *al medio día*, ¿qué será lo robado? ¡Pues será... e. sol!

¡Ande la rueda, ande!

El alcalde de Villaplanas se ha levantado con los fondos recaudados para la construcción de un cementerio.

Ha ejercido una obra de caridad.

¿No iban á emplearse esos fondos en el cementerio proyectado?

Pues es lo que habrá dicho el alcalde de Villaplanas para su montera:

A América en un vapor me voy con estos cautivos, y les libro del horror de que les entierren vivos. ¡Si señor!

Un labrador de un pueblo de Tarragona se ha disparado un tiro ¡pum! de pistola, porque el *mildeu* malvado, con saña impía,

fué y le dejó sin uvas todas las viñas. ¡Ay, qué remordimientos ¡gran Dios! le esperan al *mildeu*, si ese bicho tiene conciencia!

Dice un periódico:

«Ha terminado en San Sebastián la huelga de los carniceros.»

Y la de las reses.

Porque también las reses estarían en huelga.

Supongo yo.

Se ha declarado desierto ¡válgame Rodrigo el Cid! aquel certamen que abierto había en Valladolid, para premiar la mejor composición de Castilla que se escribiera en honor del eminente Zorrilla.

Yo, que soy apasionado del gran autor de *La siesta*, hubiera sido premiado si me descuelgo ésta: «¡Salud al insigne vate, al autor de tantos tomos, al que toma chocolate con gnomos!



Dos amigos se ofrecen, en tiempo del cólera, si se libran de la epidemia, á ir á la romería del Carmen á pie, con un garbanzo metido en cada bota.

Llega el día del cumplimiento de la promesa, y emprenden la peregrinación.

Uno de ellos acompaña con un grito de dolor cada paso que da, mientras el otro parece sufrir con más fortaleza de ánimo el martirio cruento.

—Estoy admirado, dice el que se queja, de que no hayas exhalado un ¡ay! todavía.

—¿Por qué?

—Porque á mí me destrozan los pies los garbanzos y no puedo resistir el dolor, mientras tú caminas como si tal cosa.

—Es que á mí no me hacen daño los garbanzos que llevo en los pies.

—¿Que no te hacen daño?

—No, hombre, no; ¡yo los traigo cocidos!

JOSÉ ESTRANÍ.

IMPORTANTE

¡PERO QUÉ BARATO!

Si adjunto con este número encuentras cierto papel, verás que es un *Boletín de suscripción*. Llénale. Pon tu nombre y domicilio, especifica si es la suscripción por semestre, —las hay por años también— ¡Ya lo creo! Me remites una librancita que no tenga dificultades para el cobro, y has de ver cómo yo te correspondo,

remitiéndote á mi vez la Revista LOS MADRILES y unos libros de *chipén*, que gustoso yo regalo desde primeros de mes. ¡olé ya! ¡digo yo! que se suscribirá ¡claro está! ¡Pues no faltaba más! Si, señor. Mil gracias, y mandar. EL ADMINISTRADOR.

REGALOS

A todos los que se suscriban á LOS MADRILES, de Madrid y provincias, ó renueven la suscripción por seis meses desde 1.º de Agosto, recibirán como regalo la preciosa novela *La mujer, el marido y la vecina*, original del festivo escritor Francisco Serrano de la Pedrosa, adornada con fotografías de *Cuchy*, estampados en color.

A los que renueven ó se suscriban por un año, desde igual fecha, el mismo libro y un tomo de *Las novelas amorosas*, á elegir entre los cinco que hay publicados y cuyo anuncio insertamos en la última plana.

ADVERTENCIAS.—Para tener derecho á estos regalos es preciso hacer los abonos directamente en la Administración de LOS MADRILES.

No se admiten libranzas especiales de la prensa, por las dificultades que hay para hacerlas efectivas.



CANTAR

Te vas por la serranía
sin acordarte que dejas
á tu serrana perdía.

ANUNCIOS RECOMENDADOS

El Carnaval de Venecia.

Novedades de París, Londres y Viena.

Corbatas, puños, cuellos, bastones, abanicos y toda clase de objetos para regalos.

ANTONIO NAVARRO

18, Arenal, 18.

Carlos Fernández Shaw.

TARDES DE ABRIL Y MAYO

Un elegante volumen en 4.º con ilustraciones de Cuchy y cubierta Japón,

TRES PESETAS

J. NAVARRO REZA

Latigazos

Poemas microscópicos.

Un volumen ilustrado, y cubierta fantasía,

UNA PESETA

LUIÑ DE ANSORENA

COSAS DE AYER

Poema en dos cartas.

Precio: una peseta.

CARLOS AUBERT

Las novelas amorosas.

Publicación de gran lujo con ilustraciones en colores y cubiertas al CROMO EN CATORCE TINTAS.

2 pesetas cada tomo.

Se venden separadamente porque cada uno contiene dos ó tres novelas completas.

VOLUMENES PUBLICADOS

I.—**La liga.**—**El Globo encarnado.**—Traducción de F. Berástegui. Ilustraciones de Cuchy; agua fuerte de Mesplés.

II.—**Sachá y Loudmilla.**—**Los últimos bandidos.**—Traducción de F. Berástegui. Ilustraciones de Cuchy; agua fuerte de Hanriot.

III.—**El Príncipe.**—**Marfá.**—Traducción de F. Berástegui. Ilustraciones de Cuchy; oleotipia del mismo.

IV.—**El caso de Susanita.**—**El fruto prohibido.**—Traducción de F. Berástegui y Juan de D. López. Ilustraciones de Cuchy; agua fuerte de Hanriot.

V.—**El clavo.**—**La brasa.**—**La prueba.**—Traducción de J. Tadince. Ilustraciones de Cuchy; heliograbado del mismo.

LAPORTA

FOTOGABADO Y ZINCOGRAFÍA

Precios económicos.—Exportación á provincias.

Calle del Cisne, 11 y 13, Madrid.

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,

UNA PESETA

¡SÓLO PARA HOMBRES!

CUENTOS ILUSTRADOS

Se han publicado 12 tomos, que se venden sueltos á

UNA PESETA

F. Serrano de la Pedrosa.

LA MUJER, EL MARIDO Y LA VECINA

NOVELA FESTIVA

Un lujoso volumen con ilustraciones en color,

DOS PESETAS

Todas las obras arriba mencionadas se hallan de venta en todas las librerías de España y América. Se sirven por el correo, franco de porte, haciendo los pedidos á esta Administración, acompañados de su valor en sellos ó libranzas del Giro mutuo.